

DEMOCRACIA Y COMUNISMO (*)

POR

LOUIS SALLERON

El vocabulario corriente contrapone la democracia al comunismo. La democracia es el régimen político ideal, el régimen de la libertad, de la igualdad y la fraternidad. El comunismo es el régimen político de la «barbarie con rostro humano».

¿Quién se cree esto? Nadie, comenzando por aquellos que usan este lenguaje. Porque nuestros hombres políticos, nuestros periodistas, nuestros ideólogos usan de la misma palabra para hablar de las democracias populares y de las democracias liberales y jamás han proscrito el comunismo frente a la democracia.

La esencia de la democracia la constituyen: 1) el *dogma* de que el poder procede del pueblo; 2) el *rito* de la designación de quienes ejercen el poder mediante la elección.

Poco importa que la elección sea libre u obligatoria, que se componga de varias listas de candidatos o de una sola, que sea pública o secreta, siempre que exista, y se confiese así tal dogma, resultará conferido el carácter de democracia al régimen que la practique. El carácter del poder es también indiferente. Puede ser dictatorial o liberal. Poco importa.

La democracia es *religiosa* en su misma esencia, ya que toda religión reposa sobre el dogma y el rito.

En su esencia, por lo tanto, la religión democrática es exactamente contraria a la religión cristiana, para la cual todo poder viene de Dios y solamente es legítimo cuanto procura la consecución del bien común.

(*) Traducimos este artículo de nuestro amigo Louis Salleron de *Itinéraires*, núm. 236, septiembre-octubre 1979.

En términos metafísicos, la religión democrática implica la immanencia y la religión cristiana la trascendencia. La primera es el humanismo absoluto, la segunda el teísmo absoluto.

En la realidad concreta, las cosas son mucho más complicadas porque la historia, que cambia, y la naturaleza humana, inmutable, componen sus fuerzas en unos compromisos que obtienen una duración más o menos larga.

En Francia, estamos particularmente bien situados para comprender estas evidencias (no obstante pasar desapercibidas o ser negadas por muchos), porque, como ha reconocido hace unas semanas Philippe Sollers, en un artículo del periódico *Le Monde*, sólo hay, en el fondo, una única Revolución: la francesa. Ella es la que ha operado la revolución copernicana de un humanismo integral, instaurado como sustitutivo del teísmo católico. La Comuna de París, la Revolución rusa, la Revolución cubana, la Revolución china, son únicamente variantes geográficas, y así lo confiesan.

Un misionero francés, que pasó treinta años de su vida en China, me contó un día la anécdota siguiente: En el pueblo que evangelizaba, las tropas de Mao habían derrotado a las de Chang-Kai-Check. Dejado en libertad, en principio, no tenía, sin embargo, derecho a hacer cosa alguna ni a hablar con cualquier persona. Un día que se paseaba por la ciudad encontró a unos niños que, a esa hora, habrían debido estar en la escuela. Saltando por encima de las prohibiciones, les preguntó por qué estaban en la calle. Obtuvo esta respuesta: «Hemos dejado de ir a la escuela porque es el aniversario de la Comuna de París». ¡En pleno corazón de China!

El Partido Comunista Francés jamás ha sido considerado como un cuerpo extraño en la República. Todo lo contrario. «No hay enemigo de izquierda». Es la legitimidad, en su quintaesencia. Giscard d'Estaing no lo duda en mayor medida que Marchais. La izquierda es la encarnación de la democracia. La derecha sólo existe si es designada como tal por la izquierda. Ningún partido se autodenomina de derechas, porque no existiría si se proclamara de derechas. La denominación de derecha procede de la izquierda, que es el Santo Oficio de dogma democrático. La extrema izquierda es la quintaesencia de la democracia, es la izquierda de mañana.

El general De Gaulle, en toda su gloria, debió confesar el dogma democrático para lograr investirse de una legitimidad que estaba subordinada a la legitimidad democrática. Al ser elegido presidente de la República se le concedían algunos años de poder absoluto, y se dejaba a sus sucesores el cuidado de ocuparse de los ritos que creaban nuevas soberanías, la de la Presidencia y la de la Asamblea Nacional, esperando la del Parlamento Europeo.

Los «Nuevos filósofos» saltan sobre estas evidencias, que no saben cómo «despetrificar». «Marx ha muerto», asegura J. M. Benoist. Sin duda, pero el comunismo está vivo, porque es la expresión más perfecta de la democracia que confiesa Benoist.

Tratando de superar el nihilismo en que ha caído la revelación de la barbarie comunista, B. H. Levy escruta «El testamento de Dios» (Editorial Grasset, 1979), para buscar allí la solución de sus problemas interiores. No la encuentra, porque la democracia sigue siendo su recurso político contra el comunismo. Si su sinceridad no fuese evidente, se creería que es un auténtico hipócrita, por lo absurdo de su vocabulario. El mal político, la permanente barbarie con rostro humano, para él, es el «fascismo». Emplea la palabra decenas de veces. Poco importa que, cronológicamente, el fascismo haya sido solamente una réplica del comunismo. Poco importa que, cualesquiera que hayan sido las contaminaciones comunistas de que se pueda tildar al fascismo, no se le puedan imputar matanzas análogas a las de los comunistas. El fascismo es la palabra que fue empleada por el comunismo para calificar el mal, y esta palabra ha sido adoptada por la democracia porque ha sido impuesta por el comunismo, y es utilizada por B.-H. Levy para oponerle su deseo de un régimen de aspecto humano.

Mucho mejor: dándose cuenta de que el antifascismo es una actitud negativa, B.-H. Levy redescubre el judaísmo, para encontrar en él un bastión para la resistencia a la barbarie. ¿Pero, cuál judaísmo? El de la transcendencia es el de una fe religiosa, de la cual B.-H. Levy se declara desprovisto. Entonces, en un delirio verbal, donde toma el aspecto de un auténtico derviche, oscila entre una expresión de radicalismo elemental, el de Alain y su lucha contra los poderes, y el de un racismo latente, suspendido en la identidad judía. ¿Cree

él, verdaderamente, que un cristianismo desafecto, como el de Giscard d'Estaing, en alianza con un judaísmo desafecto, como el suyo o el de la Sra. Veil, pueden hacer de contrapeso a la religión comunista?

Es cierto que Soljenitsyn ha matado la ideología marxista entre los intelectuales. Pero la religión comunista no ha resultado tocada. Y no lo ha sido porque ella es sostenida y confirmada por la religión democrática, en todos los países occidentales.

Quienes no quieran comprenderlo, ¡que lean el artículo de Alexandre Zinoviev, en *Le Monde*, del 18 de mayo de 1979! Recuerda en él este escritor la «línea directriz» del comunismo soviético, esa línea general que Lenin, Stalin y sus sucesores han proclamado siempre con la misma claridad que Hitler declaraba la suya. Con todos sus carros, sus aviones, sus submarinos y sus bombas atómicas, el comunismo no sería peligroso si no fuese más que él mismo; pero es la fina punta del alma democrática la que le inspira, le nutre, le sostiene y le ofrece todas sus oportunidades.

Si la Providencia nos abandona, nuestra suerte está echada.